

VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata, 2010.

Formas de cartografiar: relaciones entre la cartografía y la literatura contemporáneas.

Muccillo, Carla.

Cita:

Muccillo, Carla (2010). *Formas de cartografiar: relaciones entre la cartografía y la literatura contemporáneas. VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-027/738>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eORb/sgb>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Formas de cartografiar: relaciones entre la cartografía y la literatura contemporáneas

Carla Muccillo

Estudiante de la carrera de Sociología, Universidad de Buenos Aires (UBA)

carlamdeb@gmail.com

En búsqueda de una teoría sobre lo contemporáneo

El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado es un libro del año 1984 en el cual, de forma pionera y a partir de algunos puntos neurálgicos analizados en tanto rupturas con el modernismo, Fredric Jameson va trazando una idea considerablemente completa de lo que se entendería como posmodernidad. Completa, especialmente por que en ese recorrido Jameson se detiene tanto en las últimas determinaciones de la economía capitalista al momento en el que escribe su libro, cuando señala al posmodernismo como lógica cultural dominante de la fase del capital multinacional o capitalismo tardío, según la periodización que toma de Ernest Mandel; como en las características que adquiere esa lógica cultural en las artes plásticas, la poesía, la arquitectura. En un tercer pilar también, a veces insertas en indagaciones sobre lo cultural en un sentido restringido o a veces no, se analizan las formas de percepción y representación que nacen con este nuevo período.

En este sentido, lo notable de Jameson es la íntima relación que se pone de manifiesto entre su intento por plantear un sistema y el trabajo sobre una definición de lo posmoderno que no pierda la posibilidad de intervenir de forma punzante, es decir, que no pierda su potencial crítico: “toda posición posmodernista en el ámbito de la cultura –ya se trate de apologías o estigmatizaciones– es, también y al mismo tiempo, *necesariamente* una toma de postura implícita o explícitamente política sobre la naturaleza del capitalismo multinacional actual.”(2005:14) Una de las derivaciones de este programa es que Jameson logra eludir, con mayor o menor éxito, el derrotismo de los tan mentados “fines de” y sus tristísimas consecuencias, que acechan a una parte considerable de las teorías sobre la posmodernidad. A la luz de *El posmodernismo...* esta situación puede ser comprendida en parte como el forzoso corolario necrófago de las conceptualizaciones sobre lo posmoderno exclusivamente culturales o que, mejor dicho, arrancan de cuajo lo cultural para luego señalarlo a la deriva.

Es por esto que ante la pregunta por una teoría sobre lo contemporáneo –o directamente, ante la pregunta sobre lo contemporáneo– el libro de Jameson ofrece un buen punto de partida, más allá de lo puntual de sus desarrollos. En todo caso, dos preguntas fundamentales que se pueden realizar con respecto a éstos últimos son: en primer término, cómo pone en relación los componentes de ese sistema en cada uno de sus análisis; y en segundo término, siendo un interrogante que excede al texto mismo, y no obstante lo compromete, cuánto de lo que Jameson escribió en su momento ha cambiado, más de veinticinco años después. A la hora de hacer un análisis no sólo de Jameson sino *desde* Jameson, estas cuestiones toman especial relevancia.

Espacio y cartografía o: espacio posmoderno y mapas cognitivos

“Nos encontramos ante una especie de mutación del espacio como tal” (2005:87) dice Jameson en el capítulo sobre el posmodernismo y la ciudad (2005:87-100), y se lanza a una descripción perturbadora de un hotel de Los Angeles: el Westin Bonaventure Hotel & Suites (ese es su nombre actual). El Bonaventura no es un edificio sorprendente en su arquitectura, en el sentido de que no deja de ser más que nada funcional y no una obra arquitectónica, y tampoco se destacaría particularmente entre otras construcciones de características similares; en especial si es observado desde el presente y no en la década del ochenta que es cuando Jameson realiza su descripción. Se trata además de un edificio popular y muy concurrido por turistas y locales, según cuenta el autor. Y son, justamente, estas características las que permiten una lectura más fructífera del espacio posmodernista, porque el Hotel Bonaventura reúne al mismo tiempo las particularidades de este tipo de espacio a la vez que es un lugar definido y marcado por un uso concreto que trasciende sus características arquitectónicas; no es su fin ser una obra sino ser rentable. Sucintamente, la arquitectura posmodernista se despreocupa de irrumpir en el tejido urbano proponiendo su propio lenguaje como sí lo hacía la arquitectura modernista; es ante todo respetuosa con su medio, casi hasta querer evitar cualquier relación con él dentro de lo posible: el edificio posmoderno está totalmente volcado hacia el interior; es un simulacro de ciudad con sus propias reglas.

Alrededor de la década del ‘80, la descripción que hace Jameson del Hotel Bonaventura es la siguiente: “la fachada reflectora repele hacia afuera la ciudad” (2005:92) “cuando se intentan ver los muros exteriores del edificio, no se puede ver el hotel como tal, sino tan solo las imágenes distorsionadas de todo lo que lo rodea”

(2005:92) “las entradas del Bonaventura parecen más bien laterales y concebidas como entradas de servicio” (2005:90) “las escaleras mecánicas y los ascensores sustituyen el movimiento” (2005:93) “los ascensores suben hasta uno de esos salones de cócteles rotativos, en el cual, sentados, sufrimos de nuevo y pasivamente el giro” (2005:95) “las habitaciones del hotel quedan manifiestamente marginadas: los corredores de la zona de alojamientos son oscuros y con techos bajos, de lo más depresivamente funcional” (2005:96) “Dada la simetría absoluta de las cuatro torres, es casi imposible orientarse en este vestíbulo” (2005:96). Y remata: “últimamente se han añadido flechas señalizadoras y códigos cromáticos, en un intento piadoso y revelador, aunque desesperado, de restaurar las coordenadas del espacio antiguo.” (2005:96). La restauración de las coordenadas (la sobreescritura del espacio) como resultado de un problema de lectura del mismo, implica la puesta en contradicción de la arquitectura posmodernista del Bonaventura con sus condiciones de uso o con su valor de espacio preeminentemente dirigido al uso. Incluso Jameson cuenta lo siguiente: “Mencionaré, como resultado práctico más espectacular de esta mutación espacial, el dilema que viven los dueños de las tiendas de las distintas balconadas: ya desde la inauguración del hotel de 1977, se hizo obvio que nadie podría jamás encontrar ninguno de estos comercios y que, incluso aunque alguien pudiera localizar alguna vez la tienda que buscaba, sería muy improbable que tuviera la misma suerte la segunda vez; en consecuencia los patrones de los comercios, desesperados, han rebajado sus mercancías a precios de saldo.” (2005:96) Sin embargo, el problema a dilucidar es si esta contradicción leída como confusión es en este caso propia al momento en el que Jameson escribe o si puede ser sostenida como una característica intrínseca al espacio posmoderno. En una suerte de síntesis, se puede decir que, en principio, esa contradicción es propia a una narración situada en los albores del posmodernismo como pauta cultural predominante, a una subjetividad y una percepción muy poco acostumbradas a hacer uso de espacios con estas características. No es que el espacio posmoderno sea en sí confuso, o incluso si por momentos lo es, no es que su condición sea la de resultar inaprensible. Pensar esto sería caer en las definiciones de posmodernidad a las que el propio Jameson se opone. Sin embargo, es importante apuntar que no es que esas contradicciones o confusiones hayan sido saldadas en los años que van desde la escritura de *El posmodernismo...* a la actualidad; sino que: o se integraron como un factor beneficioso para el consumo de mercancías en general (por ejemplo el aprovechamiento de unos consumidores más o menos cautivos y especialmente predispuestos al consumo, para dar vuelta las

conclusiones de Jameson sobre el centro comercial del Bonaventura); o implicaron la aparición de una gran nicho para la producción y consumo de nuevas mercancías, situación que tal vez Jameson no podía deducir en su momento. Varios años después, los sistemas de GPS y el Google Maps o Google Earth son algunos de los artefactos más rigurosos para cumplir esta función, una versión atractiva, high-tech y a gran escala de los carteles del vestíbulo del Bonaventura. Por eso hace bien en resaltar que John Portman, el arquitecto encargado de construir el hotel, además de arquitecto y urbanista es un capitalista “en sentido estricto” (2005:97). Aunque las derivaciones que extraiga de esta aseveración sean otras.

Lo cual no invalida lo que se observa en el libro, en el sentido de que: “el hiperespacio posmoderno ha conseguido trascender definitivamente la capacidad del cuerpo humano individual para autoubicarse, para organizar perceptivamente el espacio de sus inmediaciones, y para cartografiar cognitivamente su posición en un mundo exterior representable.” (2005:97) Sino que, al reinsertar la interpretación de este fenómeno en el circuito de producción y consumo de mercancías y las nuevas formas que éste suma, se la depura de todo posible fatalismo. A la vez que se recuerda: la contradicción no está saldada, porque la capacidad de autoubicarse y cartografiar no tiene que y no debe ser necesariamente repuesta a través de su mercantilización. Y en este punto se puede volver al programa de Jameson: la necesidad de construcción de mapas (2005:111-117). En este sentido, sostiene que “todo modelo de cultura política, para adaptarse a nuestras actuales circunstancias, ha de presentar necesariamente las cuestiones espaciales como su preocupación estructural fundamental.” (2005:113) En consecuencia, el problema de la autoubicación deja de restringirse a cuestiones inherentes a la arquitectura o a la ciudad para excederlas; la figura de los *mapas cognitivos* es la que da cuenta de esto: “El mapa cognitivo no es estrictamente imitativo en el sentido clásico; al contrario: los problemas teóricos que plantea permiten una renovación del análisis de la representación en un nivel más elevado y mucho más complejo” (2005:114) Siguiendo con la propuesta de *El posmodernismo...*, la creación de mapas cognitivos implica la construcción de una representación de la situación de un sujeto con respecto a la totalidad. Se construye, entonces, como una mediación entre el sujeto y el mundo, como una de las formas en las cuales se dibuja su relación y, por supuesto, se hace posible. En ese sentido, es algo especialmente interesante porque es una figura que cruza los distintos niveles de la experiencia, desde la vivencia más íntima o la vida cotidiana hasta la estructuración de un orden social local o mundial; el mapa

cognitivo es el dibujo que de ese cruce se hace un sujeto. Así, el debilitamiento de los mapas cognitivos sería el del nexo afuera-adentro. Dice Jameson: “En este punto, la realización de mapas cognitivos en sentido lato llega a exigir la combinación de datos puramente vivenciales (la posición empírica del sujeto) con concepciones abstractas y artificiales de totalidad geográfica” (2005:116) La necesidad de ambos elementos revela la limitada utilidad de una cartografía meramente “objetiva”, como la de las nuevas tecnologías de la ubicación, en tanto que no pueden suplantar a las cartografías cognitivas sino simplemente paliar el síntoma de su crisis¹.

En búsqueda de una teoría sobre la literatura contemporánea

“Decir *yo* siempre estuvo de moda” es el título de un artículo de María Moreno publicado en Internet (Moreno 2009). En los últimos años comienza a surgir un corpus de textos dedicados a problematizar las llamadas *literaturas del yo, imaginación íntima o giro autobiográfico*, según el caso. A la hora de relevar las últimas producciones que tematizan la literatura contemporánea local este último un enfoque de una preeminencia compartida con las disquisiciones de Josefina Ludmer acerca de lo que esta crítica denomina *literaturas postautónomas* (Ludmer 2006). Nociones que muchas veces se entrelazan. Fundamentalmente lo que Moreno está señalando con ese título es que no sólo decir *yo* siempre estuvo de moda, sino que fundamentalmente, la moda actual es hablar del *yo*: “La crítica más tradicional no tardó en considerar el fenómeno como una nueva moda para estimular la producción de papers y un pase rápido al mercado” (2009), apunta. El artículo de María Moreno responde en algún sentido al libro de Alberto Giordano *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual* que consta de una serie de ensayos en los cuales Giordano analiza distintas publicaciones, eventos o formatos en los cuales detecta los rastros de este giro; en uno de ellos se aboca justamente a analizar la escritura de Moreno. Para Giordano el giro autobiográfico es

¹ Un antecedente clave, en donde se cruzan el diagnóstico de la necesidad de construir mapas y la propuesta de nuevas formas de cartografiar es el de la Internacional Situacionista con su teoría de la *dérive* o deriva y la construcción de guías psicogeográficas; se trataba de la elaboración de mapas a partir de la experiencia concreta y subjetiva del caminar errante a través de las ciudades, sin dirección fija, sin atenerse a las arquitecturas estipuladas para el uso de la ciudad, inscribiendo sobre el trazado usual de la movilidad, sus condicionamientos y construcciones, una nueva forma de experimentar la vida en el espacio urbano: “Entre los diversos procedimientos situacionistas, la deriva se presenta como una técnica de paso ininterrumpido a través de ambientes diversos. El concepto de deriva está ligado indisolublemente al reconocimiento de efectos de naturaleza psicogeográfica, y a la afirmación de un comportamiento lúdico-constructivo, lo que la opone en todos los aspectos a las nociones clásicas de viaje y de paseo.” (Debord 1958)

una tendencia, aunque ciertamente la autobiografía no sea algo nuevo. Lo nuevo estaría definido por las condiciones de recepción que legitiman estas escrituras, o para decirlo de otra forma, por las condiciones de circulación del texto. La misma calidad de operación que reviste la aparición de estos conceptos e irrita a María Moreno es reconocida abiertamente por Giordano al momento de prologar su libro: “*El giro autobiográfico en la literatura argentina actual* es una fórmula que pergeñé, a imitación de otras semejantes, no sólo para identificar una tendencia presente que me sirviera como tema de investigación y escritura, sino también para atraer la atención del periodismo cultural sobre mi trabajo ... la operación resultó exitosa” (2008:7)

Lo curioso del trabajo de Giordano es que, si se leen los artículos con especial atención a la búsqueda de las características que definan el giro que el autor postula, resulta difícil encontrar una respuesta concreta. Lo más cercano a una definición resulta de su narración acerca de cómo percibió este proceso: “Pensé en titular este libro 2006. El giro autobiográfico en la literatura argentina no porque considere que el desplazamiento del que se trata haya ocurrido puntualmente el año pasado, sino porque fue recién a fines del 2006, observando el estante de la biblioteca destinado a las novedades, que advertí su presencia y la amplitud de sus alcances... No es raro, dada mi proverbial incapacidad para percibir los procesos generales, que haya demorado un tiempo en notar lo obvio: la decisión de ejercitarse en alguna forma de escritura autobiográfica no sólo respondió, en cada uno de estos casos, a la singular ética de la literatura profesada por el autor (su modo intransferible de pensar y experimentar el paso de la vida a través de las palabras), sino que también, y de una forma mucho más evidente, estuvo condicionada por los lineamientos de una tendencia colectiva” (2008:37-38). En este sentido, el giro autobiográfico englobaría a todas las producciones actuales que de distintas formas impliquen la primera persona y se determinaría en tanto fenómenos por la supuestamente creciente cantidad de publicaciones o eventos en los que esta última característica se cumple. No se trata de una generación –los escritores a los que hace referencia cubren un rango de edad bastante amplio, y aunque el giro sucede en el presente no son noveles–, tampoco de un grupo de escritores reunido bajo algún posicionamiento o de un estilo en particular. Se trata de una tendencia, como el mismo Giordano se ocupa de remarcar. Una segunda observación es que el corpus de análisis está compuesto de cuentos, crónicas, novelas o confesiones (escritas o en su versión performática). En ningún momento se habla de poesía aunque el título rece que el mencionado giro ocurre en “la literatura argentina

actual”.² Con todo, el problema del texto no es su imprecisión sino que nunca profundice en la cuestión de las condiciones de circulación del texto, que deja entrever en su prólogo: “Tal vez nunca antes los experimentos autobiográficos en literatura corrieron tantos peligros como los que acechan detrás de los valores que promueve la cultura de lo íntimo” (2008:9) A partir de lo cual deriva en las rispideces entre el testimonio, la verdad y la ficción, que es sí, uno de los ejes que cruza a los ensayos. Al igual que el de la indefinición y mezcla de los géneros literarios (coincidencia con el citado texto de Ludmer). Evade así el gran problema que plantea la relación entre la autobiografía y la figura, en un sentido amplio, del yo como productor de un nuevo tipo de mercancías: una identidad cada vez más marcada y forzada entre el yo y la mercancía, donde la producción de éstas se ve anclada en lo más íntimo de los sujetos porque lo que producen es un discurso sobre ellos mismos o, incluso se podría decir, a ellos mismos en sí.³ Para retomar el debate con María Moreno: sí, es cierto que siempre se escribió en primera persona, lo que apremia es analizar cómo circula y bajo que condiciones se inserta lo autobiográfico en este contexto particular.

Cartografía y literatura contemporáneas

¿Cuáles son las posibilidades de que un sujeto se represente su situación y la relación que esta tiene con una totalidad más amplia? ¿De que arriesgue probables coordenadas, nuevas cartografías tentativas? Jameson concluye su libro llamando a la construcción de mapas cognitivos a través del arte, como primera forma de retomar el ejercicio de la capacidad de autoubicación. También explica que antes de los mapas, existían los itinerarios, operaciones pre-cartográficas: diagramas contruidos a partir del

² Con respecto a la poesía, se editó en el año 2009 el libro de Ariel Schettini *El tesoro de la lengua. Una historia latinoamericana del yo*. Cada capítulo del libro está conformado por el análisis minucioso de un poema; poemas que fueron seleccionados por el autor según el criterio de que hayan sido los más escuchados de América Latina, y que en consecuencia “se volvieron todos los *yoes*. Por eso discuten el lugar que tiene el yo en la lengua y, en ese sentido, estos poemas son apuntes para una historia del yo latinoamericano.” (2009:11) “O también se podría decir de otro modo: son poemas que constituyen la ubicuidad del yo; el yo que nombran fue erosionado de su voz prehistórica y autoral y se transformaron en productores de subjetividad o provocadores del yo.” (2009:12) Evidentemente, la apuesta de Schettini es radicalmente distinta de la de Giordano, no sólo por el enfoque de su análisis y por el “yo” específico sobre el que teoriza, sino también porque abarca un corpus de poemas que va desde Sor Juana Inés de la Cruz hasta Arturo Carrera.

³ Haciendo foco en la sujeción, no es menos cierto que el yo como lugar de sujeción tampoco es algo nuevo. Lo que cambia –al menos desde hace un tiempo– son las dinámicas. Para Foucault existen cuatro tipos principales de tecnologías: las de producción, las de sistemas de signos, las de poder, y las del yo, cada una de ellas relacionada con un tipo particular de dominación si bien actúan en conjunto e interrelación. (Foucault 2008).

tránsito vital del sujeto, suerte de planos aún centrados mayormente en él, a partir de datos vivenciales, cercanos a los relatos de viaje, cuya relación con la totalidad aún no está objetivada y permanece en construcción. Quizás los mapas cognitivos también deberían reconstruirse empezando por la figura de los itinerarios. Y es así que se presenta la pregunta de cómo narrar el presente, porque la pregunta por el “¿dónde estoy?” es por excelencia la pregunta por el presente. ¿Dónde estoy? siempre es ¿Dónde estoy ahora? Cuando se habla de la literatura contemporánea, no sólo es un lugar común decir que hay un giro autobiográfico sino también creer que ese giro es acompañado por un repliegue en lo íntimo. Esto es bastante complejo. Si bien es cierto que hay textos que giran sobre su propio eje íntimo, también es cierto que siempre los hubo y que también siempre hubo otros que no lo hacen. Esta acusación generalizada de una suerte de autismo literario siempre surge o del desconocimiento o de una gran incompreensión de lo que significa escribir ahora, y que por lo demás es bastante ingenua. Una primera idea para salvar este obstáculo es la de Giordano, la apuesta por la intensidad de los escritos como algo que necesariamente los construye desde un lugar que excede por mucho lo meramente íntimo. Sin embargo, analíticamente, hablar de intensidad es algo impreciso y arbitrario. En un segundo lugar, que no es excluyente con respecto a lo primero, también podemos abarcar esta problemática desde la cuestión de la construcción de itinerarios: ¿se construyen itinerarios en la literatura contemporánea? Y en ese caso, ¿qué itinerarios es posible encontrar? ¿Hablan, acaso, de la ubicación en el espacio y en el presente? Es paradigmático el caso de Beatriz Sarlo que en la ya extinguida *Punto de Vista* publica una nota titulada “Sujetos y tecnologías. La novela después de la historia” en la cual traza una distinción conceptual entre historia y etnografía para analizar a cierto corpus de novelas. Sarlo escribe que si, en rasgos generales, las novelas de los ochentas se abocaron a problematizar el pasado reciente anticipando el saber sobre ese pasado, arriesgando las más lúcidas interpretaciones sobre el desgarramiento que implicó la dictadura militar cuando aún todavía sólo se escuchaban tímidos balbuceos sobre el tema, a diferencia de estas, gran parte de las novelas actuales se dedican a registrar el presente. Bien, ese es un descubrimiento de relevancia, pero para Sarlo la focalización en este registro adquiere la forma de una preocupación por el presente como escenario a representar y no cómo enigma a resolver. Más allá del tono crítico que se percibe a través de toda la nota con respecto a esta tendencia y de la entronización, no se sabe bien por qué, de una narrativa que se aboque al problema histórico o que historice, lo que más llama la atención es la

oposición que sostiene entre la tarea de representar el presente y la de “resolverlo” como enigma, si tenemos en cuenta que una de las tareas más difíciles es la de erigir esa representación –ese mapa cognitivo–. Lo cual, en última instancia, nos estaría indicando que una de las formas viables que adquiere tal resolución es la posibilidad de poder cartografiar el momento en el que estamos viviendo. Es decir, y a contrapelo de lo que asegura Sarlo, la probable identidad entre representar el presente y resolverlo como enigma. Si a esto se suman las indagaciones sobre la escritura autobiográfica, desde la perspectiva de la circulación y no desde la verdad y/o ficción en las mismas, también se agrega la posibilidad de destejer los testimonios o al menos los síntomas de la cruda relación entre el yo y las nuevas mercancías experienciales, al mismo tiempo que los resultados que pueden arrojar la interrelación de ambos factores. Quizás un modo de palpar el presente, de cartografiar desde lo más mínimo una forma de sociedad de la que todavía no se tiene una idea muy precisa. Queda por indagar en qué grado esto es posible, en qué grado sucede de esta forma.

Bibliografía

- DEBORD, Guy (1958): “Teoría de la deriva”, en <http://www.sindominio.net/ash/is0209.htm>
- FOUCAULT, Michel (2008) *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Buenos Aires, Paidós.
- GIORDANO, Alberto (2008): *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual*, Buenos Aires, Mansalva.
- JAMESON, Fredric (2005): *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Buenos Aires, Paidós.
- LUDMER, Josefina (2006): “Literaturas postautónomas”, en <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v17/ludmer.htm>
- MORENO, María (2009): “Decir yo siempre estuvo de moda”, en <http://www.revistadossier.cl/detalle.php?BD=textos&id=111&pags=0>
- SARLO, Beatriz (2006): “Sujetos y tecnologías. La novela después de la historia”. En Punto de Vista N° 86: 1-11
- SCHETTINI, Ariel (2009): *El tesoro de la lengua. Una historia latinoamericana del yo.*, Buenos Aires, Entropía.